



Revista Electrónica de Psicología Iztacala



Universidad Nacional Autónoma de México

Vol. 24 No. 2

Junio de 2021

LA FUNCIÓN MATERNA Y LOS ESTRAGOS DE LO REAL: UN MÁS ALLÁ DEL AMOR

Leticia Hernández Valderrama¹

Facultad de Estudios Superiores Iztacala
Universidad Nacional Autónoma de México

RESUMEN

A partir del marco teórico del Psicoanálisis hacemos una reflexión sobre la importancia del amor de la madre y los estragos de su función cuando falla su castración simbólica y no cuenta con la presencia del padre o está caído o al margen de su función. Puede suceder que la madre tampoco realice la función simbólica, y solo, se empodere o adueñe del hijo como propiedad exclusiva en un real que no se apalabra; donde no se transforma el grito en mensaje, ya sea por negligencia, egoísmo, indiferencia, falta de deseo, o deseo muerto, o por considerando un pesar, un equívoco, una maldición, un desastre, un accidente que debería haberse evitado o bien que puede convertirse en el falo que le dé su completud el Uno. Son los estragos de lo real que se halla en el más allá del amor materno, que lo deja en un narcisismo desenfrenado, en un sujeto de pura necesidad, sin deseo propio, que habita en las psicosis. Vemos como la potencia fundamental del deseo de la madre puede inscribir la vida de un hijo en el orden del sentido o en la insignificancia de lo real, que puede ser un excedente o un ausente.

Palabras clave: Función materna, estrago, lo real, goce, demanda.

¹ Profesora Titular "A" Tiempo Completo en la Carrera de Psicología de la Facultad de Estudios Superiores Iztacala, Universidad Nacional Autónoma de México. Correo electrónico: leticiahv05@gmail.com

THE MATERNAL FUNCTION AND THE HAVOC OF THE REAL A BEYOND OF LOVE

ABSTRACT

Starting from the theoretical frame of Psychoanalysis we introduce a reflection about the importance of the mother's love and the havoc in its function when its symbolic castration fails and doesn't lean on the father or it is fallen to the margin of its function. It may happen that the mother doesn't perform the symbolic function, and only, she empowers or beholds the son as an exclusive property in one "real" that doesn't materialize in words; where the scream does not turn into message, rather for negligence, selfishness, lack of desire, dead desire, or because it ends up being one burden, one mistake, one curse, one disaster or one accident that should have been avoided or that it can turn into the phallus that gives completeness to the One. Those are the havocs of the real that finds itself in the one beyond of mother's love, that leaves the subject with a rampant narcissism, in a pure-necessity subject, without self-desire that inhabits in the psychosis. We see how the fundamental potency of the mother's desire can influence the life of the son in the order of the sense, or in the insignificance of the real, that can be a surplus or an absent.

Keywords: mother's function, havoc, the real, joy, demand.

Tanto la letra como lo escrito se sitúan en el orden de lo Real y,
Por lo tanto, comparten la falta de sentido.
La letra posee sentido oculto;
es de lectura imposible si no hay significantes en juego
esto implica una X en el lugar de la significación
ahí hay algo, pero no sabemos qué es,
por lo tanto, este real de la letra hace límite a la interpretación.

Lacan

En tiempos hipermodernos, es necesario hablar no solo del significante del Nombre del Padre, o del padre en la familia y del lugar que éste tiene. Si ejerce su función o no, si está ausente o niega asumirse como tal; en otras palabras, de su importancia dentro de la estructuración del sujeto, así como de su declinación en tanto función simbólica que éste representa; y que sin más nos lleva a preguntarnos ¿qué hay de la madre?, si ella, tradicionalmente se le piensa junto al padre o a veces incluso solo existe la presencia de ella junto al hijo o los hijos.

En tiempos recientes, vemos cada vez más a la madre ubicada en lugar del padre. Nos preguntamos ¿cómo está realizando esta maternidad? ¿La madre tiene claridad de lo que representa su función, ya sea que esté el padre presente, ausente o caído? ¿Qué sucede si la madre tampoco realiza la función simbólica, si solo, se empodera o adueña del hijo como representante de la función paterna? Es decir, ¿qué hay de la madre en nuestro tiempo, en ese real que generalmente no se apalabra? Nos preguntamos qué relación tiene la madre en la manifestación de nuevos síntomas, en la falta de identidad, en los vicios o en un narcisismo desenfrenado que conduce a la soledad y a la estructuración de sujetos en un autismo social donde no hay interés en el otro, ni interés en sostener el lazo social. Pretendemos hacer escritura, ir reflexionando en el que más existe en lo tan admirado y deseado del amor materno. En ese real que puede ser inmoderado u omitido. Acercarnos al más allá del amor o de la función materna que suele verse como intocable, amor que se cuestiona poco en la cultura actual, y que se vuelve indispensable cuando sabemos de la declinación del padre y de la importancia de su función simbólica en la estructura de los sujetos. Quizá nuestro atrevimiento sea blasfemo e irreverente, al proponernos hablar sobre lo que hay más allá del deseo materno, cuando una vez llegado al mundo el bebé, no es más que un cachorrito humano que depende absolutamente del fantasma de la madre.

ALGO SOBRE LA MATERNIDAD

No es precisamente una nostalgia por el padre de la historia como el padre-amor disciplinario y amenazante, sino de la función simbólica necesaria para la estructuración del sujeto.

Vale la pena señalar que este padre disciplinario y represivo de la cultura patriarcal, nos impuso una versión perturbadora de la madre. La propuso como la madre del sacrificio, del desinterés, la generosidad y total abnegación; la que todo da sin esperar a cambio. El rol de madre como destino ineludible de la condición de ser mujer. La madre era la única que podía sancionar una versión socialmente admirable y positiva como generadora de la femineidad.

La versión de una mujer divorciada de la función materna aparecía como la representación de versiones malignas de maldad, pecado, lujuria, falta de fiabilidad, brujería, crueldad. Mientras que la mujer que se realizaba en la maternidad enmendaba los aspectos más inquietantes de la feminidad. En definitiva, según la perspectiva de la ideología patriarcal, solo el acceso a la maternidad podía conferir una forma de realización benéfica y públicamente aceptable de la mujer.

Se trata de una versión esquizoide y absolutista de la feminidad, que constituye la espina dorsal de la representación patriarcal y de la maternidad; que con toda razón ha sido criticada y superada. La libertad social y sexual adquirida por las mujeres en las últimas décadas ha subvertido de hecho tal representación. Hoy en día las mujeres trabajan, están socialmente comprometidas y, al igual que los hombres, tienen poco tiempo para dedicar a sus hijos. La organización social de nuestra vida no facilita, en efecto, la integración fructífera entre la mujer y la madre, sino al contrario, favorece su divorcio. A causa de ello, han brotado nuevos fantasmas que introducen inéditas versiones patológicas de la maternidad; no solo la tradicional madre que devora su propio fruto, que no deja marcharse a su propia criatura, sino la hipermoderna de la madre que vive los hijos como un obstáculo para su afirmación social, la que se desinteresa de su función simbólica frente a sus hijos.

Asimismo, presenciamos la unión de los cuerpos que engendran a un hijo presindiendo del deseo porque éste llegue a la vida, podemos decir una maternidad sin deseo. ¿Qué tipo de función ejercerán los padres que asisten apoyados por la ciencia a otro tipo de fecundación, donde ya no se requiere del coito; o de padres del mismo sexo que pueden desear tener un hijo y asisten por un óvulo o por espermatozoides, ¿según se requiera? Asistimos a una época donde al parecer el deseo de maternidad se ha emancipado de la referencia inmediata a la madre como progenitora que observamos durante siglos.

De acuerdo con Recalcati (2018), nos preguntamos ¿qué queda del destino natural de la mujer en el elegir en libertad ser madre? Ahora con el apoyo de la ciencia y el derecho pueden ejercer su sexualidad, evitando o negando el deseo de procrear como un binomio indisoluble de su ser mujer. Lo que vemos y nos cuestionamos, son los efectos de las modalidades existentes para transmitir el deseo de ser madre

de una generación a otra. Si como decíamos está en juego la transmisión simbólica de esta función, es necesario poner en evidencia que el deseo de asumirse como madre en una mujer ya no se juega propiamente en la filiación y transmisión desde la familia, lo que sin duda nos lleva a investigar los efectos de ésta sobre los hijos. Ya que por más que ya no sea la familia la base natural de la filiación, este dato no elimina la importancia de la filiación simbólica para la estructuración de los sujetos. Generalmente sabemos que la madre espera ansiosa la llegada de su hijo, desea conocer su rostro, su cuerpecito, sus manitas, su olor, cuánto pesa, el color de su piel, a quién se parece, etc. Sin embargo, a pesar de que muchas de ellas desean tener un hijo, que cuando adulto deberán entregar a la cultura en aras de que crezca y se desarrolle en ella; existen otras, cuyos apetitos son insospechados en su deseo. Lacan (2010), menciona que este “apetito” debe ser regulado por el significante fálico para que no resulte “estragante”. Es en el inconsciente donde una significación debe ser evocada por lo que llama precisamente la Metáfora Paterna. Es decir, el falo está representado por la ley paterna, es el significante del Nombre del Padre el que actuará simbólicamente separando el deseo de la madre del cuerpo del niño, recordándole su castración.

Del lado del niño, él desea ser el objeto del deseo de la madre, desea su amor. Por ello, se identifica con aquello que es el objeto de su deseo, él cree que, por él, la madre es feliz. Cree que la madre lo ama a él; no sabe que ella busca otra cosa más allá de él: la completud narcisista de ella. Es un efecto imaginario, ya que desde la madre el niño ha sido simbolizado como falo y éste es un objeto imaginario.

Así pues, la posición que ocupe el niño en relación con el deseo materno facilita tres posibles respuestas: la neurosis, la perversión y la psicosis, según el niño sea ubicado como objeto en el fantasma materno a través del tránsito por el Edipo. Esto será: en la neurosis como objeto de su deseo y síntoma de la pareja parental. La madre en tanto lugar de código, le aporta el lenguaje y apalabra el mundo. A partir de las palabras, él va a captar y modelar sus necesidades.

A partir de Lacan, queda claro que el significante no puede decirlo todo, nunca hay una significación completa. Podríamos decir que para el hablantese² siempre falta un significante.

El problema mayor es cuando nos encontramos una madre fálica que desde el embarazo siente que ya no le falta nada, ahora tiene el falo que la completa. Imaginariza a su hijo como que eso que la completa, es el pene, como una versión posible (recordemos la ecuación que mencionó Freud niño=pene-, esta es la versión posible del falo). De ser así, piensa y elabora que todas las frustraciones, anhelos, sueños de grandeza, de reina se elaborarán o cumplirán a través “de y en” su hijo, lo estaría atrapando de una manera estragante. Esta madre sin mediación de ningún tercero sabe que es todo para su hijo. Tiene un súbdito incondicional. El niño se ha convertido en el falo para la madre. El niño no sabe de la castración simbólica de la madre y de la que se forcluye en él.

La falta en referencia a la castración materna es lo que ya faltaba, puede ubicarse como el falo faltante en la madre. El falo entonces adquiere su verdadero estatuto cuando se articula con lo que falta. Esto nos conduce a la etapa preedípica, donde la función procreadora del padre es eludida, quedando el hijo en lo real como el falo que le falta a la madre.

Nos preguntamos ¿cuál es la transmisión esencial que esperamos de la función materna? ¿Podemos pensar que deseo y amor son suficientes para hacer de barrera al estrago materno? ¿Podríamos plantear a la posición femenina de la madre como garantía para que la función simbólica opere eficazmente? Sin duda, habrán muchas madres que acepten su castración y transmitan el significante del Nombre del Padre. Sin embargo, habrán muchas otras que fallen o queden gozando de su hijo como el falo que las completa.

En particular, nos ocuparemos del lugar de la función materna en la psicosis, en ese más allá de la función simbólica que la madre no ha podido representar en ausencia del padre o frente a un padre caído o forcluido. Iremos poco a poco con el propósito de ser claros.

² “Hablantese” es un Neologismo lacaniano que significa que para poder ser un sujeto se necesita del lenguaje, lo que posibilitará su incorporación a la cultura.

LA FUNCIÓN MATERNA.

Todo recién nacido requiere de un encuentro con Otro para que advenga sujeto. En un primer momento, ese gran Otro deberá cumplir con la función básica de proporcionar alimento y aseo. Al primer grito del bebé buscará darle significación, considerándolo un llamado más allá de su necesidad. Así, al significarlo hará caer la necesidad biológica posibilitando su constitución como ser humano, será un primer momento de satisfacción. Entonces, para que el niño se estructure como sujeto, se requiere que el grito inaugural devenga un llamado, será necesario contar con Otro que desee e imagine a un sujeto que todavía no es, pero que la apuesta será hecha a través del lenguaje.

Lacan (2005), habló en su Seminario 5: *Las formaciones del inconsciente*, que existen tres tiempos lógicos no cronológicos que se relacionan entre sí, señalando las diferencias de cada uno; el primero que expuso fue la necesidad, marcando que está vinculada al orden de lo puramente fisiológico, asunto que como tal remite a hablar de lo que acontece en el organismo del bebé. En el amamantamiento, el objeto puede ser el seno de la madre del que fluye la leche que permite el cese momentáneo del hambre, reduciendo así la tensión y el malestar en el bebé.

El pedido del niño, al ser interpretado por el Otro, va a ser respondido o no, de una manera determinada. No será en la dimensión que el bebé demanda; ya que él pide, pero en su petición se encuentra con que depende de los significantes del Otro. Es decir, aquello que al inicio se presenta a manera de gritos a ser interpretados, serán puestos en código por la madre, lo que hará que devenga como llamada. De ahí se articulará poco a poco la cadena signifiante, como si uno y otro empezaran a comunicarse. Esta demanda opera a través de las pulsiones escópica e invocante. Ambas pulsiones que son de deseo, se presentan en este momento que inaugura el nacimiento de la subjetividad de un nuevo sujeto de lenguaje. Será desde un semejante que “se da a ver”, que se separa de la emisión de voz para surgir como sujeto.

La madre deberá nombrar a su hijo como alguien distinto a ella, a su vez continuará hablándole y llenando de significantes el mundo al apalabrarlo. Su función que es más allá de la necesidad y con un más allá de la demanda, posibilita que su

intervención sea como pasadora o transmisora de deseos para su hijo. Será una madre, más ubicada en el discurso, aunque esto mismo no es garantía que opere adecuadamente la función simbólica como pasadora del deseo. Sin embargo, estará dispuesta a ofrecerle a su hijo el regalo de su propia carencia, ubicándolo en el lugar de su falta como un pequeño “a”³. Es la madre en su omnipotencia la que encarna el lugar del Otro, (A) con mayúscula, el Otro primordial, generadora de la palabra, tesoro del significante. Será ella misma, la que, con su palabra, presumirá que entiende y se comunica con su hijo, al interpretar su sonrisa o su llanto llenando el mundo de acciones simbólicas que serán en toda la clase de juegos de ocultación donde rápidamente desencadena una sonrisa en el niño, esto será ya una acción simbólica en el curso de lo cual, lo que se revela es la función del símbolo.

La mujer que se ha hecho madre con una estructura neurótica, que tiene el deseo por su hijo, que está en falta; y en la que se ha inscrito la función simbólica. Ella como madre hará escritura en lo real del inconsciente de su hijo con el significante de su nominación, con su nombre propio. Si el hijo deseará hacerse objeto de su falta, pretendiendo reintegrarse a su cuerpo, se encontrará con la barrera que le pone límite al goce (la castración), porque el lugar mismo ya existe y sostiene lo simbólico de su presencia. Así, el sujeto no será expulsado de su representación (nominación), el significante que lo representa, lo sostiene, le construye una identidad, una realidad independiente y un mundo social que podrá habitar. Recordemos es el lenguaje el soporte de lo simbólico, que permite inscribir la castración simbólica y construye el marco de la percepción de la realidad social.

No cabe duda que todo lo que hemos dicho, nos lleva a cuestionarnos que pasa si la lectura de la transmutación del grito en demanda o mensaje, no es suficiente para ser comprendida, o si llega a ser mal entendida o ignorada que lleve a la madre o a quien realice su función, a no realizar la acción específica de simbolizar los actos del bebé. Pues sabemos que hay algunos casos en los que el grito no puede ser comprendido ni transmutado en demanda a través del lenguaje. Hay otros en los que logra darse algo, pero no marchan bien y terminan por conducir al descuido o falta de interpretación. En este caso podría decirse que algo falló o faltó en la

³ Lacan define al “a” como objeto causa de deseo.

trasmutación que la madre realizó de dicho grito, algo que se articula con la demanda y que incluso está más allá de ésta, como lo dijera Lacan en el mismo, Seminario 5, hablando sobre del deseo de la madre y de su intervención en el terreno simbólico.

Nos preguntamos ¿qué le acontece a una madre cuando frente a su pequeño, no logra trasmutar el grito en mensaje; ¿es negligencia, egoísmo, indiferencia, falta de deseo, etc., lo que la lleva a no escucharlo, ni atribuir alguna significación? ¿Por qué una madre, aun queriéndolo -aparentemente- no logra hacerlo? Qué falla en la lectura de la situación, como si no pudiera responder a esa demanda de carácter simbólico. Como si la demanda significase una amenaza y confrontación de su falta, de su deseo, que no quiere o no puede admitir. Al parecer solo toma el grito del niño como pura necesidad y da los cuidados para que sobreviva como organismo. No lo alimenta con su palabra nutricia (lalange)⁴, no lo mira y toma la demanda como pura necesidad. Veamos algo sobre cómo se construye la demanda.

CONSTRUCCIÓN DE LA DEMANDA

Volvemos a destacar, que la madre es quien otorga un sentido simbólico al grito del bebé, es la función de código que media la relación madre-hijo como el Otro primordial que apalabra el mundo, que, colocada en el lugar del Otro, lugar del tesoro de los significantes humaniza a su hijo.

Una vez que la madre identifica el grito de su hijo, le atribuirá diferentes lecturas y podrá responder de distintas maneras que tendrán efectos en la subjetividad del bebé. Hemos mencionado, que una madre puede no responder a la demanda, o tratar de colmarla respondiendo en exceso, o responder como atribuyéndole otra significación e ignorar colmarla. Acaso sea, que no ha podido dar lectura al resto de la necesidad donde se ubica la demanda.

Algunas madres, incluso quedan paralizadas, inermes por carecer de capacidad de significar y dar sentido al llamado de su hijo. El carácter desorbitante de la demanda

⁴ Lalange. Neologismo lacaniano definido como la lengua materna, la primera que alimenta y crea el inconsciente del bebé al apalabrarle el mundo.

en estos casos, no ha tomado la vía del significante, se ha reducido a lo fisiológico el llanto del bebé como si fuera pura necesidad.

Entonces, demanda y necesidad, no son términos similares, ya que la demanda involucra al Otro primordial, el del lenguaje; "la demanda, no puede confundirse con la satisfacción de la necesidad, porque la presencia del significante transforma la necesidad en un plus que tiene que ver con el deseo, que la convierte en metáfora, en otra cosa más allá de la pura necesidad. Para ser más claros, es la madre la que le atribuye un discurso al bebé; desde ahí, todo grito es leído como un llamado, como una demanda dirigida a ella. La madre se acercará al niño y con sus cuidados le dirigirá sus palabras, su mirada, sus caricias, su amor.

Sin embargo, también encontramos a madres que atienden dicha demanda tratando de colmarla, respondiendo de manera excesiva e intentando llenar al niño de cosas, atiborrarándolo, sin percatarse que la demanda es demanda de otra cosa, incluso lo hostigarán de manera inconsciente con su presencia no dando paso a que algo falte, a que surja la falta.

Finalmente, debemos mencionar que hay madres que saben o intuyen que la demanda es demanda de otra cosa e intentarán no colmarla, ni responder, siempre estarán a distancia, dando un espacio, ausencia, vacío, que el niño no puede simbolizar sin la presencia de Otro que con su palabra y amor le dan significado. Faltará el deseo del Otro, faltará su falta, para que el bebé pueda tener un lugar en ella.

Pensemos qué pasa con los bebés cuyas madres no logran diferenciar necesidad de demanda, para atender cada una de manera adecuada. Una demanda del niño no puede ser atendida solo a partir de proporcionar los cuidados de la necesidad biológica. Quizá sea ocasión para señalar que pueda ser por negligencia, egoísmo, ausencia, desinterés, depresión, falta de deseo, etc., como causas posibles de la falla. Es necesario el deseo materno para el cumplimiento adecuado de su función simbólica, que, de no realizarse, habrán efectos nosivos en la estructura psíquica del pequeño.

MÁS ALLÁ DE LA FUNCIÓN SIMBÓLICA DE LA MADRE.

La madre puede tener otra posición con respecto a su hijo, ya que con el pecho no solo lo alimenta, también da la palabra, y con la palabra el significante y la voz. En ello transmite su posición frente a la castración para hacer de su recién nacido un sujeto del lenguaje y la cultura. Sin embargo, hay madres en el carácter de denegar la ley, hacen transgresiones frecuentes y disfrutan del hijo como si fuera un objeto sexual, para después alejarlo, aunque es posible que frecuentemente se vuelva a encarnar en ella, una cierta voluntad de goce al no existir el padre, o que sea un padre caído, ambiguo, que haga caso omiso de su responsabilidad de separar al la madre del cuerpo del hijo, o que represente de manera perversa la función simbólica que le ha conferido la cultura.

Hemos dicho que, en los casos de psicosis la madre intenta colmar su falta a través de su pequeño. Su completud la centrará en su hijo, forcluyendo toda presencia del padre, haciendo de él, lo que le falta a ella: el falo. Lacan nos advierte que cuando el Nombre del Padre, está forcluído, ese nombrar, puede para el sujeto ser signo de una degeneración catastrófica, que testimonia la psicosis.

Podrán ser hijos seducidos y llevados a satisfacer la falta materna. Dentro de este grupo, también están las madres cuyo deseo por un hijo está muerto a pesar de haberlo traído al mundo. En ellas no hay interés alguno por el pequeño, tal vez lo alimenten, atendiendo solo la necesidad para mantenerlo vivo. Aquí observamos los casos de autismo, donde el niño es recibido como un objeto meramente y la madre no puede hacerse a la idea de que ella lo llevaba en su vientre, que tiene una función simbólica que desempeñar frente a él. Si esto sucede, el pequeño quedará atrapado en un deseo muerto, sin una apuesta materna que lo convierta en sujeto. El niño autista, parece entender que no hay deseo por él, ya que, en su relación con la madre no reclama nada; al parecer también su deseo se ha muerto.

LOS ESTRAGOS DE LO REAL

Si el estrago es un daño o destrucción producida por una acción de un otro. ¿Cómo pensar el estrago materno? La madre puede hacer daño a su hijo voluntaria o inconscientemente. Es lo real, lo que está más allá del amor o de lo que suponemos

es amor. El estrago no se sitúa solo del lado del odio sino también del lado del amor, ya que en la medida que una mujer ama desde su posición de no toda, la dialéctica amorosa con su hijo queda matizada por su posición más allá del orden fálico. En cada oportunidad, la mediación fálica y la dirección del deseo de una mujer debe estar hacia su pareja, para que el padre del niño se imponga y acote el exceso, y limite los desvaríos en torno al hijo.

Esto, sin duda nos conduce al Registro de lo Real propuesto por Lacan. Pensar que, si “lo real”⁵ es lo imposible de simbolizar, lo inapalabrable e innombrable, es esto que se esconde tras el amor materno en ciertos casos de psicosis. Donde aún habiendo deseado tener a un hijo puede ocultarse un deseo sombrío e inconsciente a ella misma.

Para ilustrar nuestro desarrollo, tomaremos dos casos que vuelven a la memoria, tras la pregunta ¿qué hay más allá del amor materno cuando nos encontramos a niños con estructura psicótica? Si es lo “real”, que como escritura queda en el inconsciente imposible de elaborar. Aquello que hace estrago en la vida del sujeto. Es pensar a la vez la experiencia de la maternidad y, más en concreto, sobre lo que hay de la madre en esta época donde vemos a sujetos afectados, sumergidos en un autismo social, viviendo en soledad y con síntomas que afectan su existencia, con depresiones, autoagresiones, ideaciones suicidas, etc.

CASO ROGELIO⁶

Rogelio, es un niño de diez años, con poco lenguaje que asistía a un Hospital Psiquiátrico durante un periodo en el cual realizaba acompañamiento hospitalario con niños psicóticos. Él constantemente se masturbaba frente a todos sin importar quién lo viera, sobre todo cuando se acercaba la hora en que su madre pasaría por él. Cuando llegaba, se apartaban y era frecuente observar cómo se abrazaban

⁵ Real. Lacan en el periodo de 1953-5 menciona que lo real surge como lo que está fuera del lenguaje y es inasimilable a la simbolización o “lo que subsiste fuera de la simbolización absolutamente”. “Lo real es lo imposible (Seminario 11, 167), porque es imposible de imaginar, imposible de integrar en el orden simbólico e imposible de obtener de algún modo. Es este carácter de imposibilidad y resistencia a la simbolización lo que le presta a lo real su cualidad esencialmente traumática.

⁶ Los nombres han sido cambiados con fines de preservar la identidad de los sujetos involucrados en este estudio.

dándose besos en la boca con singular pasión... casi como si fueran dos enamorados, él lo hacía sin fijar su mirada propiamente en la madre. Durante los acompañamientos, solía rehusarse a participar en las actividades, otros días, lo hacía con gran emoción y gritando eufóricamente, cuando su participación era más intensa se tallaba o agarraba sus genitales.

Una imagen que nos permite ilustrar esto es la obra de Louise Bourgeois, en su escultura llamada: "Together", donde en la madre atrapa por medio de la seducción a su pequeño hijo.



Figura 1. Juntos. "Together" (2005). Louise Bourgeois

CASO JAIMITO

Por otro lado, se encontraba Jaimito, un niño autista de 3 años, quien pocas veces hablaba, generalmente estaba dormido, en su camita; en múltiples ocasiones orinado y con heces en su pañal.

El momento del encuentro, él estaba despierto y de pie, me acerqué, le sonreí, a la vez que dije hola; él me sorprendió sujetándome de un chaleco que llevaba puesto bajo la bata, a la vez que me decía: "mamá" (Juro, que me sentí ampliamente sorprendida y conmovida), en ese momento me pregunté ¿por qué está aquí? ¿dónde ha estado su mamá? ¿Por qué me había confundido, qué de mí se parecía a ella? ¿creyó que podía ser yo?, ¿cuáles eran los significantes que lo habitaban? ¿Conocía el significado lo qué es una mamá? ¿por qué siempre está dormido solo, sin jugar, ni convivir? Jaimito representaba menor edad de la que tenía, parecía un bebé como de dos años o menos. Son de esas preguntas para las que no hay una

respuesta verdadera. Solo estaba el acto, así que sólo se me ocurrió acariciar suavemente su manita hasta que me soltó, intenté comunicarme con él, llamar su atención, sin tener éxito, se volteó hacia otro lado, con la mirada pérdida se recostó y... no volvió a prestarme atención... (seguramente en lo real de su acto, lo escrito me sacaba del contexto), para volver a su posición fetal silente como bajo la protección de una madre como la araña de Louise Bourgeois que lo mantiene en su vientre junto a su ser. Ella decía no hay mejor madre que una araña que cuida y protege a sus crías (ahí vemos los huevos en su vientre), las nutre. Una araña es fuerte y frágil a la vez que es tierna madre y temible depredadora.



Figuras 2. "Maman".
Escultura sobre la Madre de Louise Bourgeois.

TEORIZANDO UN POCO... *LO REAL*. LO ESCRITO

Partamos con lo encontrado en las las entrevistas sobre ciertas respuestas de la madre de Rogelio y lo que pudimos saber sobre Jaimito. Intentaré ahondar en la relación que existe entre los cuidados proporcionados cuando eran bebés con tres términos que están en juego en la constitución del sujeto: necesidad, demanda y deseo -que hemos mencionado anteriormente-. Sabemos que es la madre la primera que auxilia a su bebé, es la primera interprete de su llanto. Ella es la que posee diferentes alternativas de respuesta ante ese grito. Un grito que puede ser expresado en lo real; que tendrá que verse si logró significarlo o no, y la lectura que realizó; para pensar si el niño intenta transmitir algún mensaje o solo expresa lo real sentido, como un ruido que irrumpe el silencio.

En entrevista con la madre de Rogelio al preguntarle si existía un deseo por un hijo, ella contestó: *Sí, yo quería un hijo para mí, no me importaba tanto el padre, porque lo más seguro es que esa relación terminaría, ya ve, ahora ninguna relación dura...*

Yo: ¿qué pasó con el papá de Rogelio?

Ella: *Cuando supo que yo estaba embarazada, se fue a vivir conmigo, pero no duró ni dos meses, después se fue. Nunca regreso, ni le interesó Rogelio...*

Cuántas veces nos hemos preguntado si existía algo antes de que nació. Algo en especial; en el fondo preguntamos si figuraba algún deseo sobre nuestra existencia; un deseo, que suele ser más frecuente del lado de la madre, aunque no podemos negar que también que exista del lado del padre. Sin embargo, en el acontecer de los niños mencionados, el deseo no es así. Existe un deseo a veces expresado en la idea de que el hijo vendrá a colmar la falta de la madre. Deseo que no se muestra con una naturaleza pura, que siempre tiene su vertiente oscura desde el comienzo de los tiempos. Hay en el ser humano un constante extravío de los sentidos, a un tiempo que sólo se desprende con dificultad de sus creencias, renovadas por cada generación. Vaciar la evidencia obliga a distinguir entre una "realidad", habitada por la subjetividad, y un "real" cuya existencia se supone más allá de esa realidad percibida.

El bebé imaginado, mucho antes de nacer vive primero en la ensoñación de sus padres, en este planeta descentrado, propio de un deseo que no es por completo ni del padre, ni de la madre, sino un anhelo oscuro que supera a ambos.

El recién nacido es un cachorrito humano, un objeto, despreciado, amado, indiferente o, incluso, odiado. Lacan le asigna un operador lógico, el objeto "a". El bebé es al principio un objeto en el deseo de sus padres. Del objeto real que fue para ellos, él no sabe nada y ellos tampoco mucho. Pero de aquel saber no sabido subsisten huellas: el objeto deja marcas en lo inconsciente (lo escrito en lo real). Luego, el niño construye una fantasía alrededor de la red de interpretaciones inconscientes que teje en torno a ese objeto real (¿qué soy para ellos? ¿qué me quiere?). El objeto "a" de Lacan es una escritura que, según el contexto, puede designar uno u otro de aquellos objetos, el objeto del deseo de los padres o el objeto causa del deseo en la fantasía del sujeto. Ahora bien, la transformación del objeto

real del deseo de los padres en objeto de la fantasía del sujeto no puede tener lugar sin una delimitación y una separación previa de este objeto primordial. Ya sea del cuerpo de la madre o de su sustituto. A veces, esta primera separación no se realiza y se propicia un pasaje al acto donde el sujeto intenta recuperar el cuerpo del Otro, ser el objeto, al cual él supone equivalía en el deseo materno -pensemos en muchos de los síntomas actuales-. En Rogelio, vemos que no sabe jugar, que no aprende, no puede socializar, casi no habla; es como un *“NO puedo nada, lejos del cuerpo de mi madre”* -que articula con su cuerpo el Uno-.

Al parecer la madre de Rogelio, quiso que su hijo se identificara a su propia falta y que formará el Uno con ella, como causa prescrita a su ser. A un tiempo que satisfizo todas las necesidades del cuerpo del niño, lo ubicó en el lugar de su propia falta. Este apoyo en la necesidad define a la pulsión indefinidamente lanzada a perseguir el Uno de su completud.

Hemos dicho que el rasgo Unario se trata de “hacer Uno”, una unidad de significación del falo que le falta a la madre. Esta unidad ficticia busca que el hijo lo materialice gracias a ofrecer su cuerpo. La madre de Rogelio lo besa en la boca apasionadamente, lo toca, se deja tocar por él; es la Cosa, de la que nos habla Lacan, eso ominoso que aterriza en la neurosis y del que goza el psicótico. La Cosa que aparece, así como lo real más allá de todas las representaciones que de ella tiene el sujeto, de lo que se vehiculiza en la cadena significante. Por eso, hacer uno con la Cosa sería salir del campo del lenguaje y por ende de la subjetividad. La desdicha de la existencia de este niño no ha sido algo fortuito. La madre, en tanto ocupa el lugar de la Cosa lo ha inducido al deseo de incesto. Este deseo ha abolido el mundo de la demanda, es decir, de la palabra y, por lo tanto, del deseo. Pues en tanto la madre no tiene el falo, ha convocado a su hijo a llenar esa nada; está llamado a identificarse con eso que le falta a ella. Ha tendido a equivaler al falo inexistente. Y el deseo permanece así constantemente agujereado por una nada hacia el cual Rogelio tiende y que lo mantiene en tensión (Pommier. 2005). Identificarse a ese deseo trae como consecuencia su desaparición, porque la significación del falo fue reprimida, expulsada, dejando atrás el misterio de qué podría haber sido ese cuerpo, que ahora se presenta, así vaciado de su sentido de

origen que nos remite a la falta de castración en la madre y en consecuencia a su goce.

EL GOCE DE LA MADRE.

Vemos que Rogelio se ha topado con la falta de castración materna que le demanda identificarse por completo con el deseo de ser su falo. Lo que trae como consecuencia su desaparición en tanto *“puede nada”* en función del lazo social.

Sabemos que la satisfacción de una demanda comienza por engendrar placer, pero, más allá de un cierto indicio, el aumento de placer empuja hacia la nada, al goce, puesto que conduce a la identificación con un falo que la madre no tiene. En el caso de Rogelio, faltó un límite, un rechazo que constituyera un afuera que, por un movimiento de retorno permitiera constituir un adentro. Las sensaciones de no reprimirse tenderán a realizar un empuje pulsional, en un giro del cuerpo en busca de satisfacción que se volverá como un vacío de pesadilla del exterior, que en un momento en lugar de dar satisfacción generará dolor, la nada -como lo mencionó Freud en “Pulsiones y sus destinos de pulsión”- displacer, angustia. Es decir, al no reprimirse las pulsiones sexuales, no harán otra cosa que retornar hacia aquel que rechazó reprimirlas, sin tener consciencia de lo que hacía, puesto que la condición de la consciencia es precisamente el rechazo para incorporarse al mundo de la cultura.

El caso de Rogelio que apenas tiene lenguaje nos hace recordar lo que Freud (1905), nos dijo en Tres ensayos para una teoría sexual con respecto al niño y su madre. El pequeño niño ha mantenido una relación con su madre como una fuente de placer, de continua excitación y de satisfacción pulsional a partir de sus zonas erógenas, y tanto más por el hecho de que la madre le dirige al niño sentimientos que brotan de su propia vida sexual, lo abraza, lo caricia, lo besa, lo mece, y claramente lo toma como sustituto de un objeto sexual de pleno derecho.

Podría imaginarse que la temporalidad de nuestra carne improbable transcurre desde el nacimiento hasta la muerte. Pero no es de esa manera que la angustia de existir acompaña el presente, ya que cada instante el sujeto queda tomado entre la amenaza del Otro, que le prescribe encarnar el falo y rechazar todo deseo ajeno.

Sin embargo, cuando la función simbólica interviene y se da un rechazo a la pulsión que lo excita y lo absorbe a la nada. Un rechazo al uno de lo Unario, que exige la castración se genera la eterna deuda respecto al Otro materno. La vuelta de esa nada que se impone en el seno mismo del ser como una condición de la existencia. El rechazo producido tiene como fondo un eterno retorno del ser con el que habría sido necesario identificarse. Esta declaración, es un proceso que lo destierra y lo endeuda, a la vez, que lo pone en riesgo ante un resquicio en la expansión de su fantasma que busca realizarse, en un intento de volver al deseo inicial dentro de una temporalidad subjetiva que lo conduce a un giro hacia lo real del goce materno. La frontera entre real y realidad psíquica sigue siendo, un lugar en forzamiento y la angustia generada por lo real perturba o aniquila la realidad psíquica. Ejemplifiquemos esto hablando brevemente de la madre de Jaimito.

LA MADRE MUERTA EN JAIMITO

André Green (2012), en *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*, menciona sobre la incidencia de la depresión materna en la transmisión del sentimiento de vida, comentando que éste, está en el centro de la figura de la madre muerta. Ella en lugar de transmitir el sentimiento por el deseo de vida, puede quedar escrito en el inconsciente del hijo un deseo ausente, blanco congelado, en hibernación, muerto. En lugar de ser el manantial de la vitalidad del niño, la madre muerta parece como una figura distante, silente, casi inanimada que obstaculiza la transmisión del deseo. No es simplemente la madre deprimida, carente del sentimiento de la vida, sino más bien una presencia extraña que, precisamente su condición de ausente está constantemente presente de una forma expresiva en la vida del Jaime. La madre muerta no es la madre perdida, la madre realmente ausente, si no la madre de la que resulta imposible elaborar el duelo, de la que parece que nunca podrán separarse; un ser una "nada" engorrosa y difícil, en su condición de ausencia siempre presente.

En el caso de Jaimito, su madre, tuvo de una separación matrimonial se retiró de la vida y del vínculo con su hijo, ella se quitó la vida frente Jaimito, quien fue a parar a

un Hospital psiquiátrico infantil tras rodar por instituciones de adopción, porque no hablaba, no se movía, ni hacía el esfuerzo mínimo por comer.

Aquí la madre muerta se inscribe en el inconsciente del pequeño niño a partir del fracaso de un duelo. La aparición de la depresión materna interrumpe bruscamente un primer periodo positivo idealizado en la relación madre-hijo. La madre se ve obligada a desviar sus cuidados amorosos del niño para concentrarlos en una operación de duelo imposible de llevar a término. El efecto de este desplazamiento resulta catastrófico para Jaimito. Su madre se convierte de repente en un eje frío incapaz de amar. La respuesta del niño será entonces una desinversión del objeto materno y, paradójicamente, una identificación inconsciente con la madre muerta para evitar el dolor psíquico causado por la distancia a las posibilidades activas del amor materno que se han convertido en un amor congelado de la desinversión. Lo más cruel de lo real, lo ha invadido. (André Green, 2012).



Figura 3. "The Woven Child". Obra de Louise Bourgeois.

La madre de Jaimito vivió con su capacidad de amar bloqueada para con su hijo; generó en él, un dominio que le impide la separación de ella. En la imagen vemos al niño tejido acostado sobre el vientre de la madre, como si quisiera retornar al cuerpo de ella. La soledad que para los niños en la neurosis constituye una condición angustiante y buscan evitar porque saben de posibilidad de la ausencia de la madre, en el caso de Jaimito cambia de signo y de negativa se convierten positiva. Él se ha encerrado en un nido de soledad. Se convierte en su propia madre, sigue siendo un prisionero de su economía de vida. Hasta ahora no lo ha dejado en

paz, él habita su deseo muerto, ha tejido sobre él la sombra de la muerte. (Ver la figura 3.)

El trabajo será lograr separarlo de esa madre muerta, de ese núcleo y frío abrazo, que lo mantiene dormido, aislado, frío como el hielo, alejado del amor que sigue sin estar disponible en él. Esperamos que Jaimito pueda superar esa sombra densa de la depresión materna, que pueda hacer una escritura distinta de su vida, pueda producirse una suerte de redención de vida a través de una operación de duelo que no le correspondería vivir, pero que al parecer se volvió imposible para su madre quien no fue capaz de lograrlo.

En los casos de los niños Rogelio y Jaimito no existían estos anhelos que suelen apuntar a un futuro prometedor y subjetivante. Jaimito estaba regido por un instinto de vida, es decir, a una vida sin herencia o si se prefiere, reducida a la herencia como un fenómeno biológico, a la adquisición de genes e instintos. Este tipo de vida no entiende lo que está en juego como herencia: la transmisión simbólica de la facultad del deseo de una generación a otra. La vida humana se genera sólo a través de la subjetivación de su procedencia desde el Otro, sólo constituyéndose como sujeto se es capaz de dar. Si el proceso de humanización coincide con el de la herencia, este tiene como condición esencial que el hijo pueda encontrar en el campo del Otro como precisa Lacan, un deseo que no sea anónimo. Nos hallamos aquí ante la raíz más profunda de la función materna y de su legado: el deseo de la madre no es un deseo anónimo, sino un deseo capaz de transmitir el deseo de vida, de una vida subjetivada lleno de la presencia simbólica de la Ley del padre que posibilita instalarse en el lazo social.

LO REAL DEL ESTRAGO MATERNO

Veamos cómo podemos aproximarnos a ubicar lo real del estrago materno. El concepto de *Lo real* en la enseñanza de Lacan no tiene una acepción unívoca, es un término complejo, pero fundamental del psicoanálisis. Lo real no se ajusta a la verdad, ni a una pregunta que apunte a definir lo verdadero sobre lo real. Es por la vía de sus manifestaciones o efectos sobre lo que podemos avanzar. Lacan encuentra en los textos freudianos el acontecimiento traumático, como algo

inasimilable que insiste en no dejarse olvidar, que provoca el síntoma y que es del orden de lo real.

Gérard Pommier (2005), en su texto *¿Qué es lo real?*, menciona que un alumbramiento dura solo algunas horas y precede a otro parto, que será mucho más prolongado: el de la subjetividad. Este último más ligado a la presencia de la madre, a su amor y deseo por el hijo. Sin embargo, este camino, no es siempre liso y transparente como hemos visto, está lleno de vicisitudes y tentaciones seductoras que lo pueden dejar atrapado en un egoísmo o goce materno. La madre a un tiempo que satisface las necesidades del cuerpo de su hijo, lo puede ubicar en el lugar de su propia falta. Este apoyo en la necesidad -para algunas madres- definirá la pulsión, con la que se pretende alcanzar el Uno.

Pommier menciona “Se trata de “hacer uno”, unidad de significación del falo que le falta a la madre”. Es una unidad imaginaria que busca materializarse en el cuerpo del niño.

La madre en tanto no tiene el falo, hizo un llamado al su hijo, solicitándole identificarse con esa carencia, como equivalente a un falo inexistente. Y el deseo permanecerá así, constantemente agujereado por una nada hacia la cual él tiende y lo mantiene en tensión, ya que se ha quedado atrapado en ese deseo que avanza sobre sí, será todo, menos un sujeto del inconsciente; él carece del lenguaje, fue llamado a existir para colmar una falta: la de la madre, ha quedado identificado al deseo materno que trajo como consecuencia su desaparición como sujeto social.

Por ello, la significación del falo debe ser reprimida, expulsada, dejando detrás de ella, el misterio en cuanto a qué podría ser precisamente un cuerpo vaciado de su sentido de origen. Nada más peligroso que el asedio del deseo materno, llamando a un cuerpecito recién llegado a la vida a ser su falo. Esto nos pone alerta sobre el deseo materno, a poner el acento sobre la necesaria castración materna, para evitar toda posibilidad de que ella ubique su completud fálica en el cuerpo de su hijo. La madre de Rogelio tendría que haberse enfrentado a su castración a su envidia de pene, invistiendo todo el afuera, en una condición mágica que la hubiese llevado apartarse de ubicar su deseo gozando de su hijo.

Cuando la madre, está castrada, escindida y ocupa el lugar del Otro primordial, podrá separarse del objeto para entregarlo al padre como representante de la cultura. No obstante, si la madre no cumple su función y cede en su egoísmo, nos encontramos con ese “real”, con los estragos de su carencia. Más allá del supuesto amor materno que muchas veces admiramos porque la madre no deja ni un momento a su hijo, es necesario cuestionar sobre la necesaria separación.

Si la escritura es una huella donde se lee el efecto del lenguaje, como dice Lacan en Aún (Seminario 20, 2010), y el nubarrón de lenguaje hace escritura, tenemos que distinguir los tres registros. Lacan sitúa así el significante de lado de lo simbólico; el torrente del significado..., del orden de lo imaginario y lo escrito, la huella de lado de lo *real*. “Es el surco, la hiancia, la nada, lo imposible de representar; donde la letra “a” es una precipitación del significante para representar cualquier cosa. Lo *real* es aquello que excede a lo simbólico que da cuenta de la realidad. No se trata de la realidad ordenada por lo simbólico o llamada “representación del mundo exterior”. Cuando aparece en lo *real*, lo hace excediendo a la realidad misma, dejando al sujeto perplejo, paralizado, aturdido, sin sentido y angustiado.

Los estragos de la función materna hacen referencia a ese real más allá de su función. Lacan menciona que lo *real* aparece como del orden de lo imposible, es decir, de aquello que no puede ser simbolizado completamente en la palabra o la escritura, y es por eso mismo que dice “lo real es lo que no cesa, de no escribirse” Lo *real* se experimenta como un goce del cuerpo que está más allá del falo (Lacan, Seminario 20, 2010). La sexualidad y la muerte son los dos ejes de coordenadas mayores con los que el sujeto intenta localizar en el discurso ese “agujero negro de su universo particular, aquello que no cesa de no escribirse, de lo no representable en él y que llamamos lo real” De ahí que Lacan, lo iguala a lo imposible lógico. Lo real es lo imposible en la medida que no puede llegar a simbolizarse ni imaginarse, por tanto, no cesa de no escribirse en los otros dos registros (simbólico e imaginario).

Lacan (2010) agrega una definición que insiste en el retorno y la existencia irreductible de esto real, “lo real es aquí lo que vuelve siempre al mismo lugar, a ese

lugar donde el sujeto no se encuentra con él". Lo que se repite, es algo que Lacan señala la función de la *tyche*⁷, de lo real como encuentro con lo traumático, como algo inasimilable, que determina todo lo que sigue, y le impone un origen accidental y azaroso.

En lo real como lo imposible que "no cesa de no escribirse" es donde "se produce el goce de la madre de Rogelio que haría falta que no fuese. Con esto Lacan quiere "hacer notar que el goce pertenece a lo real".

El goce, como estrago en el más allá de la función materna ha quedado inscrito en los cuerpos de estos niños (Rogelio y Jaimito) donde no era necesario inscribirse si hubiesen cumplido su función como encargo cultural. Esperemos que el trabajo del psicoanálisis nos permita tejer un cuarto nudo o *sinthome* que permita anudar los arillos propuestos por Lacan (Real, Imaginario y Simbólico), para que estos niños puedan construir un mejor futuro que les permita ser en el mundo.

REFLEXIONES FINALES

Habitados por el lenguaje del Otro nos hacemos sujetos del inconsciente. Lacan nos llama "hablanteseres", es decir, ante todo seres hablados por los deseos de aquellos que nos dieron vida. Somos seres parlantes y aprendemos a hablar a partir de la lengua materna. Toda nuestra vida portamos en nuestra manera de hablar, en nuestro estilo, la marca del deseo materno y los estigmas de su goce. Pues el nacimiento biológico está siempre anticipado por el deseo del Otro, por sus afanes, sus esperanzas, expectativas y fantasmas. La relación indescifrable que une a una madre con su hijo está determinada por ciertas aspiraciones ocultas, que serán expresadas en su discurso a manera de una sentencia para el pequeño. Será un enigma que habrá que descifrar, ya que la demanda de la madre decreta de alguna manera legislando o bien prediciendo como oráculo, el destino en lo real de su hijo. La vida de cada sujeto se compone de las huellas, marcas o estragos que la relación con la madre ha dejado.

⁷ Se llama *tyche* al encuentro con lo real, es porque en la repetición, el automatismo (automaton) del retorno de los significantes que marcan el destino de un sujeto es donde encuentra su lugar. Más allá de lo que el sujeto repite, lo real, se caracteriza por no ser encontrado, por escapar a la captación del pensamiento. Lo real solo puede sentirse en el cuerpo cuando algo del sentido se ha fugado.

Es necesario destacar la función simbólica del Nombre del Padre ya que el padre representa la ley que nos organiza estructuralmente. Puede ser concebida como una ley que se recibe o que se impone, pero que a su vez se cierra una vez concluido el tiempo de estructuración. Por ello mismo, la primera ley, la que proviene de la madre o de sus sustitutos debe mantener su carácter simbólico, que en determinados casos será a veces la única, si es que el padre de la realidad no se encuentra. Será ella quien deba garantizar la adecuada representación de la función simbólica. Ella tiene el encargo de nutrir con su palabra el mundo del bebé, nominándolo y nombrándole todo a su alrededor; será ese mar del lenguaje que baña todo antes de llegar al mundo. El pequeño formado sin saberlo por este baño de lenguaje, al mismo tiempo que la madre le habla y que éste lo hace apenas puede, ha sumergido las raíces de su deseo en el deseo de su madre. Por ello, la madre debe reprimir su fantasía de exigir a su pequeño que asuma la significación de ser su falo. Esta significación debe ser reprimida, expulsada. Teniendo en cuenta los estragos que enmascara este deseo, para evitar forcluir la ley simbólica del Nombre del Padre.

Para terminar, podemos afirmar que, así como no es posible construir un universal de las mujeres, tampoco es posible determinar cómo ser madre. Una por una, cada mujer se sitúa frente a la maternidad por aceptación o por rechazo; como madre del deber o del deseo dentro del régimen fálico; por su amor o por su odio; desde una posición femenina o masculina, cada una lo hará desde su propia singularidad. Ya que, si una madre no logra transmutar el grito en mensaje, será producto de sus propias marcas, de acuerdo con su particular posición frente a su falta, lo que la llevará a escuchar o no el grito del bebé y atribuirle alguna significación. Mostramos así que, madre y mujer se entrecruzan dejando abierto un espacio cuyos límites se irradian hacia lo que resta de enigmático de la sexualidad femenina. La maternidad como versión de la feminidad, como suplencia, no obtura el ser mujer; su dirección constante al hombre asegura que no se produzca un recubrimiento sobre el niño del ser todo para ella. Porque toda huella como estrago en lo real, puede condicionar por sí solo una vida entera e incluso, comandar el destino. El reencuentro permanente de una mujer-madre con el significante de su deseo en el cuerpo de un

hombre, le permitirá asumir su verdadera función materna; situando al pequeño en un mundo de lenguaje para que devenga como sujeto, capaz de establecer lazo social en búsqueda de realizar su propio deseo de vida.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bourgeois, Louise. Figura 1. **Imágenes gratuitas de sus esculturas**. Recuperado 3 de diciembre de 2020, en: <https://images.app.goo.gl/U3r3EGDakeWU1QyHA>
- Bourgeois, Louise. Figura 2. **Imágenes gratuitas de sus esculturas**. Recuperado 3 de diciembre de 2020, en: <https://images.app.goo.gl/YS3bwX8X5Y6EgwQv7>
- Bourgeois, Louise. Figura 3. **Imágenes gratuitas de sus esculturas**. Recuperado 3 de diciembre de 2020, en: <https://images.app.goo.gl/ZakCGjD8BMrzpixv8>
- Chemama, R. (1996). Cosa. (das Ding). Objeto del incesto. En **Diccionario de Psicoanálisis**. Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1992). Tres ensayos sobre teoría sexual, 1905. En: **Obras Completas, Vol. VII**, (6ª reimpresión en español), Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1992). Pulsiones y destinos de pulsión. 1914. En **Obras Completas, Vol. XIV**. (6ª reimpresión en español). Argentina: Amorrortu.
- Green, A. (2012). **Narcisismo de vida, narcisismo de muerte**. Argentina: Amorrortu.
- Lacan, J. (2008). **Seminario IV. La relación de objeto** (7ª reimpresión). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2010). **Seminario 5. Las formaciones del inconsciente**. (9ª reimpresión). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2008). **Seminario 20. Aún**. (9ª reimpresión). Buenos Aires. Paidós. Pp. 11-16, 35, 76, 90.
- Lacan, J. (2010). **Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis**. (16ª reimpresión). Buenos Aires: Paidós.
- Pommier, G. (2005). ¿Qué es lo "Real"? Ensayo Psicoanalítico. Buenos Aires: Nueva Visión.

Recalcati, M. (2018). ***Las manos de la madre. Deseo, fantasmas y herencia de lo materno.*** Barcelona, España: Anagrama. Colección Argumentos.